

VIAJE A MACONDO
A propósito de "La Hojarasca"

Escribe: O. GIL

"De pronto, como si un remolino hubiera echado raíces en el centro del pueblo, llegó la compañía bananera perseguida por la hojarasca. Era una hojarasca revuelta, alborotada, formada por los desperdicios humanos y materiales de los otros pueblos; rastros de una guerra civil que cada vez parecía más remota e inverosímil. La hojarasca era implacable. Todo lo contaminaba de su revuelto olor multitudinario..."

Como periodista soy pariente cercano del matemático que vive despejando incógnitas y fue así como al leer "La Hojarasca" se me metió en la cabeza el investigar sobre los personajes de que nos habla García Márquez en su gran novela...

Emprendí un viaje hacia Macondo en busca de los personajes que aún debían de vivir por allá o en alguna parte. Lo que más me interesaba era la vida de Meme; la suerte que había corrido el coronel Aureliano Buendía y si su yerno había regresado algún día a Macondo. Deseaba convencerme con respecto a la personalidad del doctor a quien había respaldado hasta en su comportamiento con la guajira y sus hijos. Cuando el co-

ronel quiso saber sobre el segundo hijo de Meme, el doctor le había respondido:

—Ah, es verdad. Eso ya lo había olvidado.

¿Y qué sería del cachorro, aquel cura que había salvado al doctor de la multitud enfurecida cuando se negó a atender a los heridos el día de elecciones? El autor decía que había muerto pero nada más.

Posiblemente no encontraré vivo al coronel, pero me daré mañas para hablar con su hija o su nieto que aún debe de recordar la escena del cadáver que parecía no caer en el ataúd. Ellos quizás sepan decirme en dónde puedo encontrar a Meme (vivirá todavía), la que pueda darme mayores informes sobre la personalidad un tanto esquisoide del doctor. Dígame lo que se diga yo sigo pensando que este hombre era un santo a quien le pesaba su existencia, porque qué cosa más tremenda que una existencia irrazonable? Y era muy sincero como lo prueba aquella respuesta que le dio al coronel cuando este le llamó *ateo*.

—Créame que no soy ateo coronel. Lo que sucede es que me des-

concierta tanto pensar que Dios existe, como pensar que no existe. Entonces prefiero no pensar en eso.

No quiero contar las peripecias del viaje, ni las dificultades que tuve para dar con Macondo. Cuando llegué al pueblo descendí todo empolvado de un destartalado autobús. El tren ya no llegaba allí por ningún lado y la hojarasca seguía propagándose como si su único objetivo fuera el de probar que todo lo que había en Macondo le pertenecía.

Quedé impresionado tan pronto llegué; parecía que no había pasado un solo día desde el momento en que García Márquez nos dibujó el pueblo. Al acercarme a la iglesia vi un corrillo de gente que se apretaba alrededor de alguien. Cuando este alguien se logró librar de las personas que le molestaban se me acercó y me preguntó:

—¿Usted me conoce?

—Se me parece a Meme, la guajira amante del doctor —le respondí admirado.

—Sí, soy yo. Venga conmigo.

Sin más explicaciones me condujo por las estrechas calles del pueblo. Al pasar por la casa del coronel Buendía le vi dándole cuerda a una bailarina mientras la mujer que le acompañaba le decía “la novia del doctor”.

Llegamos a la esquina y luego entramos a un cuarto que permanecía con la ventana cerrada. Dentro de él había una hamaca con algo pesado adentro que se mecía lentamente.

—Aquí está él, doctor —dijo Meme dirigiéndose al bulto de la hamaca.

“Así que quien está ahí es el vegetariano que pide yerbas de esas que comen los burros” pensé acordándome del detalle.

—¿Cuáles son tus dudas con respecto a nosotros? —oí una voz clara y lenta que salía dentro de la hamaca.

—Al leer “La Hojarasca” me he inquietado mucho porque el autor no explica cosas muy importantes como...

Comencé a hablar perdiendo la timidez y la duda que me embargaba, pero fui interrumpido por el doctor que con cierta ira dijo:

—Pobre de tí. Esperas conocer a alguien distinto a tí en 137 páginas... ¿Y qué sabes tú de tí? ¿Te conoces acaso? ¿Sabes el motivo de tu acción? ¿El origen de tus pensamientos, la causa de tu ser?

—Pues...

De nuevo me interrumpió:

—No te inquietes por mi forma de actuar. Ni te desconcierte la personalidad de Meme, ni te solidarices con el comportamiento del coronel. Nunca podrás saber nuestros motivos. Ni nosotros mismos somos sinceros al explicártelo. En el universo no hay dos cosas iguales, ni dos motivos iguales, ni dos relaciones iguales. Todo es distinto. *todo*.

Busca, sigue adelante que con la duda es que empieza la vida y recuerda que lo fácil no vale nada. ¿Que quién soy? ¿Que si soy bueno? ¿Que de dónde vine? ¿Que cuál es mi nombre? Yo —dijo para terminar—, yo espero saberlo algún día.

Entonces abrí los ojos y frente a mí apareció un firmamento inmenso y azul. La brisa marchaba sin terminar a mi alrededor azotándome con la arenilla que lograba tomar de la playa. Las olas del mar iban y venían sin tocar mis pies que se extendían hacia el agua. Sobre mi mano yacía un ejemplar de "La Hojarasca". En la portada veía el niño sentado en un taburete con su mirada estática. Posiblemente miraba como los guajiros clavaban el ataúd en donde habían depositado el cadáver

del médico ahorcado y escuchaba la voz de su abuelo que le decía al alcalde:

—Estoy seguro de que no pasará nada. Por eso he traído a mi hija y al niño.

Levanté el libro y releí el párrafo final.

"Yo pienso: ahora sentirán el olor. Ahora todos los alcaravanes se pondrán a cantar".

Bogotá, febrero de 1964.